

En el Evangelio de hoy Jesús les cuenta la parábola del sembrador a la muchedumbre que estaba oyendo de sus enseñanzas y curaciones. Ellos estaban asombrados y se preguntaban si él podía ser el Mesías. Todos oyeron su parábola, pero sólo sus discípulos oyeron la explicación de la parábola. Una parábola es una historia contada para ilustrar un punto, pero a veces, como en esta parábola, cada parte tiene significado, como Jesús hace claro con su explicación. La historia es simple. Un agricultor, o como lo llama la parábola, el sembrador, cargaría una bolsa de semillas sobre su hombro y dispersaría las semillas sobre su campo. En la dispersión, algunas de las semillas, por supuesto, caerían en diferentes tipos de suelo porque la parcela que cultivó era pequeña, como lo es hoy en muchas partes del mundo. Jesús usa esta historia sobre el suelo en el cual las semillas cayeron para comentarle a la gente de su época y así, por implicación, a enseñarnos a nosotros. La semilla, explica Jesús, es la Palabra de Dios, y el suelo es nuestros corazones.

« . . unos granos [recuerden ustedes] cayeron a lo largo del camino», y los pájaros se los comieron. Jesús dice que estos granos son como la persona que oye la palabra de Dios, pero no la entiende. Quizás todos nosotros hemos sido como esta persona en algún momento en nuestras vidas. Me recuerdo la respuesta de mi hijo cuando tenía más o menos once años. No le gustaba ir a la iglesia y obviamente se aburría y no prestaba atención. Porque su conducta podría perturbar, yo le hablaba sobre su actitud y falta de respuesta. Él me dijo, «No entiendo lo que dicen la gente». Y le respondí, « Mi hijo, tu no estás escuchando». Me dijo, «Cuando escucho, todavía no entiendo». Otra vez respondí, «Y si no escuchas, nunca comprenderás». La respuesta de mi hijo era como los granos que cayeron a lo largo del camino, y Jesús dice, «. . le llega el diablo y le arrebató lo sembrado en su corazón».

«Otros granos cayeron en terreno pedregoso, que tenía poca tierra. Ahí germinaron pronto, porque la tierra no era gruesa, y cuando subió el sol, los brotes se marchitaron y como no tenían raíces, se secaron». Recuerdo una madre con dos niños pequeños que era miembro de una iglesia protestante; su esposo fue bautizado católico, pero casi nunca o nunca asistió a la misa. Porque ella estaba preocupada por sus hijos, comenzó la preparación para convertirse en una cristiana católica, con la esperanza de que su esposo la apoyaría. Ella respondió al proceso de la preparación con gran emoción y entusiasmo. Incluso dijo que había estado buscando toda su vida por una fe como ésta, y preguntó acerca de maneras en que podría seguir creciendo en su nueva fe. Obviamente no puedo juzgarla, porque no conozco su corazón, pero yo sé que ha sido mucho tiempo desde que vi a esta familia en Santa Cecilia. No puedo evitar de preguntarme si la falta de apoyo de su marido y las dificultades de malabares, las obligaciones en su trabajo, en su casa, y con sus hijos pudieron haber causado a decrecer, al menos de su emoción y entusiasmo por nuestra fe.

Entonces hay los granos que «cayeron entre espinos, y cuando los espinos crecieron, sofocaron las plantitas». ¡Cuántas veces he visto adultos que resolvieron ser fieles a la llamada de Dios y luego los veo poco a poco decaer! En el estrés de la vida diaria es fácil

olvidar o ignorar las palabras de Jesús, que dijo, «. . . busquen primero [el reino de Dios] y su justicia, y se les darán también todas esas cosas» (Mateo 6:33). Necesitamos acordarnos que, cuando Jesús estaba en la tierra como el Dios-hombre, la vida era difícil para la mayoría de la gente; y su gente, la gente de Nazaret y así su familia, era pobre; por lo tanto, Jesús no hablaba por ignorancia o desapego de las dificultades cotidianas de la vida. Él vivió aquellas dificultades.

Tres de mis grandes inquietudes para nuestra comunidad son estas: Una es que algunos padres traen a sus hijos para ser bautizados y entonces casi nunca o nunca los vemos después del bautismo. Otra es que madres vienen a pedir a celebrar una Quinceañera para su hija, y después de la Quinceañera, nunca las veo, a la madre o a la hija, otra vez. Y una tercera es mi inquietud para algunos de nuestros jóvenes. Cuando hablo con los jóvenes hispanos, escucho dos respuestas muy diferentes sobre su fe. Algunos de ellos conocen su fe extraordinariamente bien, y quiero elogiar a sus padres que le han enseñado a sus hijos, pero estoy consternado con la aparente falta de conocimiento y entendimiento de nuestra fe que otros revelan. Padres tienen que preparar el suelo para recibir las semillas. El suelo es los corazones de nuestros hijos; las semillas son la palabra de Dios. Como saben ustedes, soy un esposo, un padre, y un abuelo. Yo sé como es preguntarse cómo voy a proporcionar un hogar para mi familia y cómo voy a proporcionar alimentos y ropa; he estado en esa situación. También yo sé cuan duro es enseñarles a nuestros hijos; les hablé a ustedes acerca de mi hijo. Pero mi esposa y yo fuimos persistentes, y gracias a Dios, nuestro hijo y nuestras dos hijas son personas de fe. Quiero elogiar a algunos de ustedes por su persistencia y fidelidad. Es difícil. Y quiero mencionar una familia que vi una tarde—un padre, una madre, y un preescolar hijo. Después de una Quinceañera, los padres llevaron a su hijo a cada paso de la Vía Crucis, explicándole cada uno, y permitiéndole tomar una foto de cada paso.

¿Qué tipo de suelo es nuestros corazones? ¿Qué tipo de suelo serán los corazones de nuestros hijos? De vez en cuando oigo a alguien decir palabras como éstas: «¿Qué ha hecho la fe católica? No parece que ha hecho del mundo un lugar mejor. Miren a las guerras, al crimen, a la violencia, al temor, y al hambre en el mundo. Además, un gran número de la gente parece estar interesada meramente en obtener las cosas para sí mismas y en divertirse. Yo les diría a aquellos que hablan en tal manera, no es la fe católica que ha sido un fracaso; es que demasiado pocos la han vivido. Sin embargo hay grandes héroes y heroínas de nuestra fe. Nosotros quizás no seremos héroes o heroínas de nuestra fe, pero podemos cultivar el suelo de nuestros corazones para que podamos producir frutos para Jesús. Así, hoy día, les dejo con una pregunta: ¿Qué tipo de suelo va a ser su corazón para la palabra de Dios? Mi oración para ustedes y para mí es que nuestros corazones puedan ser la tierra buena que da fruto y produce el treinta o sesenta o ciento por uno.